

MARTOR



Title: "Siento que soy de allá, no de aquí"

Author: Juan Carlos Negretti

How to cite this article: Negretti, Juan Carlos. 2003-2004. "Siento que soy de allá, no de aquí." *Martor* 8-9: 166-174.

Published by: *Editura MARTOR* (MARTOR Publishing House), *Muzeul Țăranului Român* (The Museum of the Romanian Peasant)

URL: <http://martor.muzeultaranuluiroman.ro/archive/martor-8-9-2003-2004/>

Martor (The Museum of the Romanian Peasant Anthropology Journal) is a peer-reviewed academic journal established in 1996, with a focus on cultural and visual anthropology, ethnology, museum studies and the dialogue among these disciplines. *Martor Journal* is published by the Museum of the Romanian Peasant. Interdisciplinary and international in scope, it provides a rich content at the highest academic and editorial standards for academic and non-academic readership. Any use aside from these purposes and without mentioning the source of the article(s) is prohibited and will be considered an infringement of copyright.

Martor (Revue d'Anthropologie du Musée du Paysan Roumain) est un journal académique en système *peer-review* fondé en 1996, qui se concentre sur l'anthropologie visuelle et culturelle, l'ethnologie, la muséologie et sur le dialogue entre ces disciplines. La revue *Martor* est publiée par le Musée du Paysan Roumain. Son aspiration est de généraliser l'accès vers un riche contenu au plus haut niveau du point de vue académique et éditorial pour des objectifs scientifiques, éducatifs et informationnels. Toute utilisation au-delà de ces buts et sans mentionner la source des articles est interdite et sera considérée une violation des droits de l'auteur.

Martor is indexed by EBSCO and CEEOL.

Siento que soy de allá, no de aquí

Juan Carlos Negretti
Venezuela

Llegué a Rumania por casualidad. Una amiga de la familia que trabajaba en un ministerio de Venezuela y que tenía contactos en diferentes embajadas le preguntó un buen día a mi padre si, por casualidad, no conocía a nadie interesado en irse a Rumania con una beca, a lo que mi padre dijo que no, pero un amigo suyo que andaba por allí le dijo *¿cómo no, y si mandamos a Juan Carlos?...* Y así fue como vine a Rumania: simplemente me ofrecieron una de las dos becas que había. La otra fue para una chica que no se adaptó al país y que volvió antes de que me fuera yo. Yo llegué en enero, bueno, el 31 de diciembre de 1993 y ella en octubre, pero no se acostumbró al país. Era una chica más dependiente de sus padres, Rumania no le gustó y regresó a Venezuela. Yo me quedé, no llegué a conocerla, pero oí hablar de ella a través de una amiga común que me había dicho: *tengo una amiga que se va a Rumania* y yo le dije que también yo me iba, *¿en serio?, no es posible, ¡menuda coincidencia!*

Llegué en avión, justo en la noche del 31 de diciembre de 1993. Todo el mundo estaba asombrado y recuerdo que los de la aduana mostraban entre sí su sorpresa, decían *Venezuela* y creo que era la primera vez que alguno de ellos veía a un venezolano, aunque anteriormente ya había habido aquí venezolanos, sobre todo durante la

época comunista: al menos 60 venezolanos estudiaban en Rumania. Un número nada desdenable.

En el aeropuerto, en Caracas, en el último momento, compré 40 dólares (pues me acordé de que tenía que tener algo de dinero de bolsillo para Rumania): 20 me costó el taxi, así que me quedé con los otros 20. Llegué a Rumania en una noche de invierno y fue un invierno en el que no nevó demasiado, o nada de nada, al menos desde que había llegado yo, el 31 de diciembre, no había visto la nieve. Fue un invierno suave, no sé si había nevado antes. El paisaje de aquí me sorprendió mucho: árboles sin hojas, todo gris, mucho polvo, gente de cara triste y apesadumbrada. No existía ni la alegría ni el ruido de Venezuela, era otra cosa. En Venezuela sólo nieva en la montaña, hace más calor, nosotros no tenemos invierno, aunque la palabra se usa, pero no es como aquí: hay una temperatura constante, casi todo el año, con una estación seca y otra de lluvia. El paso de una a otra es más suave. La vegetación tiene que regenerarse. El ciclo vital no se detiene. Por ejemplo, cuando fui a casa el año pasado, en febrero (periodo de sequía) el paisaje era un poco desolante, triste, no era de un verde normal. Se había secado y veías montañas que, en lugar de ser verdes, eran de un marrón anaranjado, de color

paja. O sea, no era algo demasiado alegre. No nevaba más que en la montaña, arriba del todo. Yo nací en la falda de los Andes y allí hay suficiente nieve. Así que había visto la nieve antes de venir a Rumania. En Caracas la temperatura más baja no es inferior a los diez grados.

Antes de nada me fui a la residencia estudiantil de tránsito, para estudiantes extranjeros, situada en el Bulevard Mărăști: todos los estudiantes extranjeros pasaban por allí, aunque los esperara alguien y se fueran a otra parte. Tenía que pasar por allí. Me quedé unas dos semanas. Un buen día vino alguien del ministerio de educación a decirme que me tenía que ir, pero yo me encontraba a gusto porque había conocido a unos mexicanos y había pasado dos semanas con ellos. La nochevieja la pase solo y el día de 2 de enero los mexicanos llamaron a mi puerta, les abrí y fue una gran alegría cuando me hablaron en español.

Bucarest ha cambiado mucho desde entonces. Solía ir a esas tabernas en las que se comía pizza, bueno entonces sólo había una, Pizza Julia. Conocí también a un ecuatoriano que tenía un amigo rumano y me llevaba a sus fiestas. Los mexicanos tenían un guía que venía por la mañana a buscarlos y a traerlos de vuelta.

Antes de venir a Rumania, le eché un vistazo a algunas enciclopedias, tengo algunas en casa que tratan, por orden alfabético, diferentes temas y enseguida miré la R de Rumania. Había algunas fotos de la Sala Palatului (Sala del Palacio) y se hacía un recorrido por diferentes aspectos: la geografía, el clima, las fiestas populares, el régimen político, la capital, las principales ciudades, la economía, la actividad de la gente y, así, rápidamente, pude hacerme una imagen rápida. Llenaban dos páginas con fotos a color y aún pasaron cinco o seis meses hasta que me fui a Rumania.

No traje conmigo objetos importantes, solamente algunos libros. Recuerdo que los tomé porque me había enterado de que los inviernos en Rumania eran largos y no podía estar en la calle como en Venezuela, donde pasaba mucho

tiempo fuera de casa, adonde prácticamente sólo iba de vez en cuando a comer y a dormir, como si fuera una especie de hotel. En Rumania el invierno te obliga a quedarte en casa y tomé algunos libros conmigo porque sabía lo que me esperaba.

Los primeros seis meses los pasé estudiando la lengua (en octubre del 94 tenía que empezar las clases). Me trasladé a Pitești para estudiar un curso „preparatorio“ de cara a alcanzar cierto nivel. Allí viví en una residencia junto a otros latinoamericanos en un albergue de estudiantes. Aprendí un rumano más literario, con *aceasta*, *aceștia*, etc. (*esta*, *estos*) y cuando empecé a entender un poco la lengua, me di cuenta de que en la calle no se hablaba así, sino con *ăla*, *ăsta* (*aquel*, *esto*) y no me sonaba bien el rumano que se hablaba en la calle, aunque poco a poco fui sustituyendo aquellas palabras literarias por otras normales, informales podríamos decir.

Aquí he conocido a muchos hablantes de español: te los vas encontrando sin necesidad de buscarlos y, sin esfuerzo, acabas relacionándote con ellos. Ahora no siempre me alegro cuando me encuentro a alguien que habla español: si me gusta la persona en cuestión, está bien, si no, no. No existe ninguna obligación ante él.

Con la beca que tenía, podía matricularme en cualquier facultad. Cuando era pequeño, había ido una vez a la facultad de arquitectura de mi ciudad natal (Mérida) y me gustaron mucho las maquetas y las casitas. Más que maquetas, me parecieron hermosas casitas, juguetes y, desde entonces, sentí el deseo de estudiar arquitectura. Lo había intentado en Venezuela, pero no conseguí ingresar a la facultad, así que aquí en Rumania me matriculé en la facultad de arquitectura y me fue difícil a causa del idioma, que no conocía muy bien, del lenguaje específico de la arquitectura y de la novedad misma de todo aquello que haces por primera vez. Fue, como suele decirse, un **shock cultural**, no necesariamente negativo, pero me encontré con un mundo que ni siquiera sabía que existía.

En la residencia me fue difícil. No porque tu-

viera que pagar sino por las condiciones en las que la gente vivía allí. Estaba acostumbrado a tener intimidad, a ciertas condiciones mínimas: mi principal problema era el cuarto de baño, que era mixto. Pero después me fui a vivir con mi novia y, más tarde, me fui quedando unas veces en casa de un amigo y otras veces en casa de otro, así que no volví a pasar demasiado tiempo en la residencia, digamos que la mitad del tiempo.

Me costó acostumbrarme a la comida de aquí, donde se comen muchas cosas agrias, al concepto rumano de *preparado* de fríjoles, *preparado* con...diferentes verduras. En América hay otras costumbres culinarias, se come mucho arroz, siempre hay un tipo de comida considerado de base y el resto son guarniciones. Por ejemplo, los fríjoles serían guarnición y no un *preparado* en sí mismo. Hay concepciones diferentes... Allí se come mucha carne de ternera (menos de cerdo) y comida mucho menos grasa, o sea, no necesitamos acumular muchas calorías para afrontar el invierno. Hablar sobre la comida en Venezuela me resulta difícil hay muchas cosas que no tiene sentido explicar como es lo uno o lo otro, todo el tiempo la gente me pregunta las mismas cosas, hablarte como se hace tal harina es poco difícil.

En Venezuela estaba matriculado en un instituto técnico superior de tres años (Diseño Industrial), que no terminé, hice sólo la mitad, tres semestres. Allí la enseñanza era muy similar a la europea: tenía que hacer maquetas y dibujos. Hay cuestiones en cierta medida similares y, de alguna manera, los arquitectos trabajan con el diseño de muebles o de objetos, así que algo de idea sí tenía.

Mi madre se alegró cuando le dije que me iba fuera del país, me animó. Ella siempre quiso viajar, pero no pudo, así que, de alguna manera, veía su sueño cumplido a través de mí. Cada vez que visitaba un país, le mandaba una postal (de Grecia o de donde fuera) cosa que la alegraba mucho, *mira, mi hijo me ha mandado una postal de Grecia*. Es muy difícil para un venezolano que no tiene recursos materiales, o sea que no tiene

mucho dinero, viajar a Europa, el billete es muy caro. Los billetes de avión de Europa a América son muchos más baratos que al revés, América-Europa, eso sin pensar en Canadá en los EE.UU. que tienen precios especiales para todo, también para el teléfono, para... Puedes encontrar una oferta increíble para el trayecto París-Nueva York, pero un vuelo París-Caracas es mucho más difícil.

Desde que llegué a Rumania, hace diez años, sólo he ido una vez a casa. Hablo muy poco por teléfono con mi madre, unas cuatro o cinco veces al año, pero tengo una muy buena relación con ella, excelente. Volví a ver a mis amigos el año pasado y no han cambiado nada, fue como si no nos hubiéramos visto desde hacía tres días. Algunos estaban un poco más gordos y empezaban a quedarse calvos, pero estaban igual. La relación sigue siendo exactamente la misma, no ha cambiado nada y la pasamos muy bien. De todos modos, no tuve mucho tiempo para hablar porque, durante el mes que pasé allí, viajé mucho por Venezuela en un tiempo muy corto. Fui hasta mi ciudad natal, Mérida, que está muy lejos de la capital, fui también a la llanura venezolana, la ciudad donde yo nací está justo en la falda de los Andes. En Mérida se encuentra la segunda universidad más importante de Venezuela, después de la de la capital. De alguna manera, Mérida es una ciudad universitaria, una ciudad muy bonita, me gustó mucho volver.

Crecí en Caracas con una madre que fue madre y padre a la vez. De hecho, ella me crió sola. Las hermanas de mi padre me han querido mucho, yo me llevaba muy bien con sus hermanas, crecí teniéndolas, más o menos, a mi lado. Yo pasé un año con una de ellas, en mi ciudad natal, porque en aquel entonces mi madre tenía algunos problemas.

Estando yo aquí mi madre se cambió de casa y yo cuando estuve allí andaba un poco perdido por Caracas: estaba un poco desorientado. Cuando me fui a Rumania, me fui de Caracas porque en Mérida sólo he pasado algunos periodos de mi infancia, por lo demás, me he criado en la

capital, ya que mi familia es de la capital, desde hace varias generaciones. Yo soy la tercera o cuarta generación. El primero que nació en Caracas fue mi abuelo y, después de él, mi madre. Mi abuelo nació en un barrio como pudiera ser Sfântul Gheorghe en Bucarest y mi madre nació en una zona que sería algo así como Lipscani. También mis hermanas son de Caracas. Tengo dos hermanas y un hermano. Ellas ya no viven en la capital. Una de ellas me llamó un día, estaba en un bar y sonó el móvil, vi que no era de aquí, era de Venezuela y me llamaba mi hermana. Somos amigos, nos llevamos muy bien: tengo una relación muy buena con todos. Mi madre nos educó en el espíritu de estar muy unidos, insistiendo siempre en esto, aunque nos peleemos, como hermanos que somos. Al crecer y llegar a una cierta edad, en la adolescencia, la relación se ha consolidado.

Mi niñez, si me pongo a hablar de ella, podemos estar horas y horas. Existen juegos parecidos. La gallinita ciega, ¿así se llama aquí, no? Hay todo tipo de objetos. El trompo, que es como una pieza redonda que tiras: sé que no se entiende muy bien lo que quiero decir, porque aquí nunca he visto algo parecido. En el campo se hacen de madera y en la ciudad, de plástico: lo tiras y da vueltas. También hay metras (canicas de cristal), muy pequeñitas, y la cuestión es golpear las otras con la tuya. El papagayo (cometa) que se hace en Venezuela es hexagonal, tiene una cola que le ayuda a equilibrarse y, además, en la punta de la cola tiene dos hojillas entrecruzadas. Tiene también un volante en la parte de arriba y tienes que hacer una maniobra para que las hojillas de la cola corten el papagayo de tu contrincante, es muy difícil, tienes que ser bueno. Hay una época del año en la que el viento sopla con fuerza y, entonces, puedes ver papagayos por todas partes.

En Venezuela tenía sobrinos que no conocía, hijos de mis hermanas y constantemente tenía que andar preguntando cómo se llama uno y otro, y me decían *ah, es fulanito*. Cuando he estado en Venezuela mi hermana se cambiaba de

casa y entonces me quedé con mi madre, que tiene una gran casa, nosotros nos quedamos en el primer piso y mi hermana en la planta baja. Y mi hermano pequeño se quedó también con mi madre. Tengo también una sobrina a la que no conozco, que acaba de nacer. Conocía a tres de mis sobrinos, pero eran pequeños cuando me fui. Cuando volví allá, habían crecido y habían cambiado mucho en diez años, así que casi ni reconocí a los hijos de mis hermanas. Pero había otros tres a los que no conocía.

He vivido en casas todo el tiempo. He vivido en muchos sitios, no puedo hablar sobre un barrio en particular. También a las afueras, pero he estado en todas partes. He estudiado en cinco escuelas diferentes, me cambiaba constantemente, todo un vaivén, un estilo de vida al que me acostumbré. Mi madre cambiaba de trabajo. No puedo hablar de las diferencias en comparación con la escuela de aquí porque no la conozco. Sólo sé que aquí se estudian mejor las matemáticas. En Venezuela, no tanto.

Yo no conocía a mi padre, posteriormente, cuando ya era mayor, a los 17 años, mi madre me dijo: *tú tienes otro padre, pero tu padre se fue de Venezuela y le perdí la pista*.

Más tarde, sin embargo, ella lo encontró, vio su nombre, daba una conferencia sobre un tema que a ella le interesaba. Y entonces ella se fue a la conferencia, vio que era él, habían pasado 21 años desde que no se habían vuelto a ver. Era una conferencia sobre temas culturales, educativos. Mi padre se había hecho sociólogo tras irse de Venezuela, en todo ese tiempo. En el momento en el que me concibió era de la federación de estudiantes del liceo donde estudio, al final de los años 60. Mi padre era y sigue siendo de izquierdas. La federación de estudiantes no era precisamente querida por la Seguridad de Venezuela: eran considerados hombres peligrosos y se vio obligado a irse del país. Había democracia, no dictadura, pero sin duda hubiera tenido problemas de no haberse ido. Aquí en Rumania la gente le tiene manía al comunismo, que de hecho ni siquiera fue comunismo sino una

dictadura de estado. Es otra cosa. Ser de izquierdas significa algo completamente diferente.

Como iba diciendo... Mi madre vio su nombre en el periódico y se fue a la conferencia. Cuando esta acabó, se le acercó y le dijo quién era. Normal que él no se acordara de ella. Y le dijo: *¡tenemos un hijo!* Eran jóvenes cuando me concibieron, mi madre era también estudiante y mi padre se fue sin saber que mi madre se había quedado embarazada. Bueno... mi abuelo se irritó con mi madre por haberse quedado embarazada a los 21 años.

Se fue no porque lo obligaran a irse, sino porque estaba en el punto de mira y temía que le ocurriera algo. No huyó, prefirió irse también un poco por la aventura. Se fue a Francia, donde estudió sociología. En los años 70 no había los problemas que hay ahora. Por ejemplo los venezolanos no necesitábamos visa para entrar a Francia. Después, se instaló en Burdeos. Ha tenido una vida más complicada. Me ha contado cosas, pero no conozco muchos detalles sobre todo lo que ha hecho. Ha tenido una vida muy bohemia. Estudió también pintura, aunque no llegó a consagrarse como artista, pero también se dedicó a eso. Volvió a Venezuela después de 20 años porque creía que podía ser útil gracias a todo lo que había acumulado. No era un sociólogo muy conocido, pero tenía un puesto bueno, seguro y con mucho trabajo.

Así que mi madre quedó con él y le dijo: *y pese a todo, ¿no quieres conocerlo?* O sea, a mí. Lo llamé por teléfono: *¡soy fulanito, vamos a quedar para vernos!* Fausto, como yo le llamo, porque ahora somos muy buenos amigos, vivía en aquel entonces con una chica. Llamé desde el intercomunicador, pero estaba dañado, así que tenía que bajar ella a abrirme. Entre tanto, llegó también él, bajó del autobús, me vió y me saludó con la mano. Me reconoció, *¿qué tal?*, aunque no me había visto nunca. Los dos sonreímos. Yo era, físicamente, tal y como era él en su juventud. Fuimos a comprar unas cervezas, después subimos, las abrimos y empezamos a hablar. Mi padre estaba en aquel momento con una france-

sa. El tenía un hijo que estudia, igual que yo, arquitectura y una niña más pequeña. No le tengo manía ni nada parecido por no haberme criado. Estas han sido las circunstancias. Le pregunté qué había hecho, por dónde había estado, como en cualquier amistad que empieza a nacer. Pero hubo mucha química entre nosotros, nos entendimos muy bien y seguimos llevándonos bien hoy en día.

La única ocasión que he tenido de hacer el proyecto de una casa desde que acabé la carrera ha sido justamente con la casa de mi padre en Venezuela. Aún está en construcción, tuve plena libertad, sin condicionamiento alguno. En fin... los cimientos ya estaban hechos y tenía que hacer un proyecto en un lugar estupendo porque está en una cuesta muy pronunciada que tiene una vista maravillosa, o sea, la vertiente del sur, que es la mejor cuando haces una casa, tiene un paisaje sin límites y está a las afueras de la ciudad, con mucha vegetación, es realmente muy bonito. Vi el emplazamiento el año pasado, cuando fui a Venezuela.

Desde que llegué aquí, la música me ha dado muchas alegrías. El hecho de tocar con unos y otros, gente muy interesante, ha supuesto una gran alegría. En Venezuela tocaba la batería, así que todo lo relacionado con el ritmo me interesa, me enciende.

No me puse a tocar en cuanto llegué a Rumania. Necesité un periodo más largo de adaptación. En Venezuela toqué en un grupo que intentábamos dar a conocer, pero todo acabó bastante pronto. Toqué en la radio, en el programa de un par de jóvenes, una especie de „cârco-tași“, (*criticones*) sólo que ellos promocionaban la música rock venezolana. En un programa de radio de una emisora más comercial, una especie de PRO-FM. El bajista conoció a estos tipos y nos invitaron. El grupo se llamaba „Desconcierto“. La palabra significa desorientación, locura. No sé cómo sería en rumano exactamente. No tiene ninguna relación con „concierto“. Tocaba la batería. Y toqué durante dos o tres años. No ganaba dinero, lo hacía por placer.



Dimos dos conciertos importantes. Uno, en un bar conocido en el que todos los grupos importantes tocaban. Para mí fue... un día antes de la clausura oficial del bar. Era un bar de mala muerte en el que sucedían todo tipo de cosas oscuras, venían drogadictos y muchos jóvenes que no sabían de qué iba la cosa. A mí me gustaba mucho ese sitio. Aunque venían también homosexuales y... Por culpa de la policía creo que cerraron el bar. También nosotros cantamos entonces. Después de nosotros tocó un grupo que ahora es uno de los más conocidos de Venezuela.

No he vuelto a saber nada de la gente del grupo. El bajista montó un estudio de grabación y con el solista tenía que haber quedado cuando estuve en Venezuela. Éramos cuatro, porque los cuatro nos llevábamos bien. Fue un período muy hermoso. El solista y yo éramos del mismo barrio. El solista y el bajista habían vivido en el mismo barrio de pequeños. En fin, nos acabamos juntando. Yo descubrí a los 16 ó 17 años que la música me interesaba. Bastante tarde si quieres destacar en algún instrumento. En ese periodo, en Venezuela se escuchaba grunge. Nirvana, Pearl Jam. Había quienes es-

cuchaban punk y se peleaban con los que escuchaban heavy. Los de la New-wave se peleaban con los que escuchaban a Metallica. Había otro grupo que escuchaba música metálica aún más dura y se peleaban con los que escuchaban heavy. He sido amigo del batería del mejor grupo de heavy de Venezuela. Ahora están en Holanda, tienen hasta videoclips. Es un grupo muy conocido se llama Laberinto.

En Rumania se hacían jam-sessions en un bar de la calle Șerban Vodă. Un

bar que se llama Propaganda. Venían saxofonistas y tocaban allí, era muy divertido. Toqué después con Baba Novac, antes de que el grupo se disolviera. He colaborado con diferente gente. Ahora trabajo en la Embajada de Venezuela. He tocado también cosas comerciales, porquerías, no *maneles*, que no me gustan. Te doy un ejemplo tú, a través de la música, transmites no sólo sentimientos, sino también un estado cultural, mucho más de lo que tocas. Una persona que escucha rock tiene una cierta visión del mundo. En fin, un banquero puede no tener nada en común con alguien que escucha rock, con un joven melenudo. O sea que tú transmites a través de la música también lo que te angustia. Yo no me reconozco en los *maneles*, en su hostilidad, en primer lugar porque no tengo enemigos y, después, por esa batería tan simple, que cualquiera puede tocar. Yo necesito otra cosa. Lo que se toca bajo el nombre de música latina, este es un término que ni siquiera existe, yo la llamo músicaailable. Es una mezcla.

Me di cuenta de que me había acostumbrado a Rumania en el momento en que mi novia se fue a México. Era mitad rumana mitad mexicana

y cuando se fue, al cabo de dos años y medio de relación, casi tres, me di cuenta de que más o menos me había integrado: ya no había una persona con la que hablar cada día en español y no me quedaba más que hablar rumano. ¡Y era capaz de hacerlo! Entonces me di cuenta de que aquello marcaría un antes y un después.

Un motivo por el que me he quedado en Rumania es mi novia actual, que es rumana. Y otro, es el hecho de haberme adaptado a Rumania, de tener muchos amigos, y es que es muy difícil borrar estos diez años. No los he vivido por vivir: *vengo y me voy, y punto*. Es un poco difícil porque se trata de un periodo muy importante de mi vida que me ha gustado, a pesar de los defectos que ha tenido. Necesitaría tres días para señalar los aspectos positivos de la facultad. Es normal que lo primero en lo que pienso son las relaciones personales, en primer lugar con mis compañeros y después con los profesores: hasta el día de hoy he mantenido mi amistad con ellos.

Creo que cualquier extranjero tiene un sentimiento de distanciamiento, quizá porque no se implica al ciento por ciento allí donde vive: siempre existe este componente en el hecho de ser un extranjero. Mi padre ya me lo había advertido: ya verás como el primer año te resultará muy difícil, él ha vivido mucho tiempo en el extranjero y me dijo lo que esto significa. Cuando estuve en Venezuela, de alguna manera me sentí extranjero. En mi casa incluso me siento el acento. No entendía ciertas cosas, me distanciaba de algunas cosas, quiero decir que todo el tiempo veía las cosas como espectador, tal y como me pasa aquí en Rumania. Estas son las consecuencias que tienes que soportar si vives durante mucho tiempo fuera. Está claro que eres de un sitio, pero te sientes extranjero también allí. Yo tenía muchas ganas de salir del país y he crecido mucho desde el punto de vista espiritual.

A partir del cambio de la Constitución en 1999, en Venezuela las cosas están cambiando para bien: es un país en el que pasan muchas cosas, se encuentra en un estado de efervescencia desde el punto de vista social y político y será

más tarde cuando recojamos el fruto de todo esto, pero ahora es un momento de cambio en el que se ha roto con el antiguo sistema político y social anterior al 99. Cuando yo me fui había, por ejemplo, dos partidos políticos que siguieron dirigiendo el país hasta 1999, alternándose en el poder, mientras que ahora ya no es así, ahora hay otro partido en el poder. Estos dos partidos, que tradicionalmente ganaban las elecciones ahora han perdido fuerza. Cuando permaneces tanto tiempo en el poder y cuentas con tantos privilegios, acabas pasando de lo que sucede en tu país y, un buen día, te das cuenta de que no estás en el poder. De repente se vieron sin nada: sin alcaldes, sin gobernadores, sin presidente. Es muy positivo que esto ocurra y pronto tendrá lugar un referéndum que, personalmente, creo que ganará el actual presidente. Bueno, de hecho no lo creo: estoy seguro ciento por ciento.

Ahora me doy cuenta de mis propias diferencias y siento que soy de allá, no de aquí. Me doy cuenta de que existen cuestiones relacionadas con la cultura y a veces trato de explicárselo a los rumanos, que no las entienden porque no las han vivido. Yo, sin identidad, me habría perdido, si por identidad entendemos sentirte vinculado al lugar en el que has crecido y has vivido; aunque hayas nacido en Australia y después hayas vivido en Hong-Kong para ti es más importante Hong-Kong que Australia porque es allí donde has vivido.

Empecé a descubrir las diferencias, en el momento en que tú eres como los demás, o sea, te sientes como en casa, no hay ninguna diferencia aparte de una persona a otra. En el momento en que te encuentras fuera de tu contexto y los demás son diferentes a ti, te das cuenta con más claridad de esto, porque los demás, al ser muy diferentes a ti, hablan otra lengua, tienen otros chistes y otros gestos. Por ejemplo, ustedes tienen gestos típicamente rumanos que nosotros, en Venezuela, no tenemos. O el modo de hablar, hay cosas que yo veo y que quizá tú no ves, o quizá sí, no sé. Pero hay cosas de las que me doy cuenta porque soy diferente a ustedes y es algo

típicamente rumano esta manera más cantada de hablar. Yo digo que cada lengua tiene una especie de melodía propia, tal y como tienen los italianos, los rumanos o los ingleses. Todas las lenguas tienen esto, que sientes cuando eres extranjero.

Cuando estuve en casa me resultó muy difícil contarles a mi familia cómo es la vida en Rumania, a pesar de que yo sé muy bien cómo se vive en Rumania. Pero es muy difícil transmitir esto a quienes no han vivido aquí, así que les conté cosas más superficiales, pues no tuve la ocasión de hablar mucho sobre Rumania, más en profundidad.

Cuando he viajado por los países de alrededor he visto que se parecen más entre ustedes que ustedes a mí. Esto de la latinidad es un mito demasiado traído por los pelos, es algo mucho más político. Un francés dice que es latino porque se entiende con un italiano, o con un rumano, o con un español. Pero, en realidad, hay un denominador común: el latín, del que tanto en tu lengua como en la mía derivan muchas palabras y es muy interesante y muy bonito que llamemos a las cosas con las mismas palabras o con una raíz común.

Pero como espíritu propiamente dicho, yo no veo la cercanía. Sólo por la lengua. Porque un italiano, en comparación con un rumano, es muy diferente, por mucho que se diga que ambos son latinos. Sólo así, en el lenguaje, pero como espíritu no veo una gran cercanía. El espíritu de aquí parece de otra naturaleza. A mí me parece más bien eslavo. Cuando estuve en Eslovaquia tuve la impresión de que era un país más parecido: hay un espíritu común en esta zona que es muy difícil de describir. La música de Bulgaria y de Serbia me parece que se asemeja mucho a la música rumana. Por supuesto es una opinión absolutamente personal.

Entre Chile y Venezuela, por ejemplo, hay diferencias enormes. Incluso de acento, si quieres. Aunque en toda América Latina se habla español, excepto en Brasil, existen diferencias enormes. Porque la gente crece en zonas

con no sé qué tipo de relieve o no sé qué animales. Venezuela tiene una superficie seis veces más grande que Rumania. Imagínate cuántos kilómetros, cuántas diferencias. Venezuela tiene cuatro regiones, montaña, costa, llanura y selva. Aun así, las fronteras que nos separan son bastante artificiales, en algunos casos a un lado y a otro de la frontera existe el mismo relieve, las mismas costumbres gastronómicas, las diferencias son mínimas.

Incluso a mí empezó a parecerme algo forzada esta cosa de que yo soy latino. Yo soy, de hecho, americano, no latino (como decimos allá). Y esto para diferenciarnos de los sajones de Norteamérica. Lo de ser latino es algo no demasiado exacto, de hecho este concepto de Latinoamérica fue inventado por los franceses para que pudieran incluirse también ellos, desde el punto de vista (geo)político, en este tema. Antes era Hispanoamérica o Indoamérica, ideas mucho más pertinentes.

Existe una visión un poco equivocada sobre Latinoamérica. Se dice que nosotros somos más apasionados. También un italiano se apasiona cuando habla de ciertas cosas, sobre todo los del sur, o un griego. Es cierto que somos así, nos entregamos, pero también hay personas muy indiferentes, apáticas, dirías que son alemanes, todo les da igual. Y es gente como nosotros. Comemos, nos lavamos los dientes, hacemos el amor. Creo que yo tampoco podría distinguir a un jordano de un sirio. Pero siempre que me encuentro a alguien y se entera de que soy de Venezuela, me dice que soy apasionado y no sé qué más cosas y todo esto me parece un poco absurdo.

Nosotros somos muy extrovertidos: dices que un pueblo es más extrovertido cuando la mayoría de la gente, no todos, es así. Los hay muy tímidos y muy tranquilos y cuando hablan parece que tienen miedo, pero son muy pocos. La mayoría de la gente tiene esta apertura. Es posible que también en el espacio español se hable tanto de mujeres, fútbol y política, son muy habladores y discuten mucho.

Aquí, en Rumania, no he visto esta cuestión de la política, aquí la juventud es absolutamente apolítica, les importa bien poco la política. Cuando fui el año pasado a Venezuela, me quedé un día en Italia y fui a un pueblecito en el que había banderas en cada casa, porque la gente estaba en contra de la guerra de Irak. O hubo manifestaciones cuando Bush fue a París, o a Berlín o a no sé dónde. Hubo grandes manifestaciones, de miles de personas. Aquí, en Rumania, cuando vino Bush, como si nada. Esto es falta de espíritu crítico, gente apolítica. Ahora, con las elecciones locales al ayuntamiento, el PSD ha perdido un poco y eso es una buena señal de que la gente no se lo traga todo.

Desde el punto de vista lingüístico, creo que ustedes son más latinos que nosotros. Si la latinidad se entiende como una especie de apertura, o como un modo de ser muy relajado, en este caso, pienso que nosotros somos más latinos. A mí, personalmente, muchas veces me han preguntado *¿por qué cantas, tan contento estás?* Pero, de hecho, yo estaba muy triste, esta es mi reacción ante el dolor. En Venezuela el deporte popular es el béisbol, que no es nuestro, sino importado de Estados Unidos. En las telenovelas se exagera un poco. Hay un tipo de público especí-

fico de las telenovelas, las mujeres que se quedan en casa disfrutan con esto. En Venezuela ha habido telenovelas que trataban temas de política social del momento. Hubo, por ejemplo, una telenovela algo más inteligente que las habituales, que trataba, una semana más tarde, los temas de mayor actualidad. Era una telenovela-telenovela, no era *Chestiunea zilei* (Cuestión del día). Por ejemplo, si había habido elecciones la semana anterior, en los siguientes episodios de la telenovela, los productores trataban este tema y lo satirizaban, o adoptaban una postura sarcástica ante lo que había ocurrido. Todo esto con un trasfondo de vida cotidiana, con su problemática. O sea que fue algo más inteligente, pero este tipo de telenovela no tendría éxito aquí. Son demasiado locales. A Rumania llegan, normalmente, aquellas que el público solicita. Pero también se han producido otro tipo de novelas de contenido social o histórico. Por ejemplo una telenovela que tenía como tema la dictadura de los años 50 entonces existía la Seguridad Nacional fue una dictadura de derecha.

Entrevista por Mirela Florian y Sorin Stoica

Traducción: Rafael Pisot